



TIPLES MEXICANAS.

PILAR QUESADA.

Ningún artista fija hoy tanto nuestra atención como la hermosa primera tiple que pisa la escena del gran teatro.

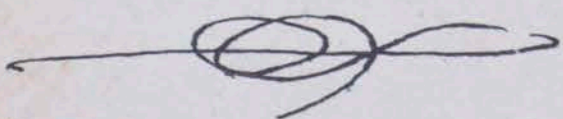
Su figura interesante y simpática; las turbulencias un tanto romancescas de su vida, y sobre todo, su voz llena, timbrada y dulcísima, la rodean de cierta aureola popular, que se traduce en entusiasmas y repetidas ovaciones.

La Quesada es nombre que se trae y lleva sin descanso. Si se va, si no se va; si ella se marcha tras sus hijas, si Palou la detiene, Y todo ello por el sentimiento con que veríamos la partida de la excelente cantante.

Quédese la Quesada, para delicia de los que gustan de la buena música, y aunque no sea más que en pago de tantas demostraciones de afecto con que la enaltece nuestro público, versátil y tornadizo, pero sincero.



Pilar Quesada



SUMARIO.

TEXTO: TRIQUINUELAS, por César Cancio.—Desde el mundo, á Fidel Domínguez, poesía, por Manuel S. Pichardo.—Un libro de versos, por Francisco Chacón.—Flaubert, II, por Fidel Domínguez.—Del diario de Pepito, poesía, por Federico Villoch.—Revolución..... Literaria, por Ramón A. Catalá.—A nuestros suscritores.—CRÓNICA, por Wenceslao Gálvez.—RETAZOS—CORRESPONDENCIA DE LA SEMANA—Anuncios.

DIBUJOS: Pilar Quesada, por Taveira.—*Dans le monde: Petit Chronique.*—Paisaje por *Fleur de Chic.*

TRIQUINUELAS.

Ha terminado la verbena con toda felicidad.

La tradicional fiesta ha resultado muy lucida, y ya muchas personas entusiastas se preparan para el año próximo, con la intención de repetir las mismas expansiones.

La calzada de San Lázaro ha sido el teatro donde se ha representado la comedia, cuyo protagonista, San Juan, lució sus dotes artísticas.

Todos los Juanes, hasta los Lanas, han quedado profundamente satisfechos de la verbena. Nada tienen que reclamar del pueblo que los ha festejado, ni del dichoso santo que los ha protegido.

A una hora dada se prendió fuego á los Castillos, y en cada boca-calle y en cada plaza, chisporroteaba una hoguera, como símbolo de progreso, de cultura y civilización.

Todo esto me decía al oído D. Juan, propietario *lazarino* que no puede vivir sin celebrar su santo en unión de los miembros de su familia, entre los cuales figuran algunos que pueden tirar de un carro sin que el público lo adivine.

El calor no me deja escribir, ni pensar, ni nada. A fuerza de tanto sudar, estoy hecho un cadáver, y, siguiendo la costumbre entre los cadáveres modernos, tomo la posición de decúbito supino, á ver si puedo coordinar las ideas y terminar mi crónica entre los aplausos del público.

Como en estos días han ocurrido muchas poesías personales (ocurrencia de Taboada), no estaría mal pensado hablar de los poetas que andan sueltos por ahí, sin pagar contribución y sin hacer caso de ninguna advertencia en prosa, aunque caiga yo en la coladera, que buena falta me hace para dejar en ella algunos ripios que me martirizan.

El aguacero poético de la semana ha sido torrencial.

En ningún punto he podido conseguir la tranquilidad prosáica que tanta falta me hace.

Cuando ya me estaba acotejando para echar un sueño reparador . . . , una gotera de ripios en la cabeza, y jados sueños, tranquilidad y sosiego! No tenía más remedio que colocar una palangana crítica en el lugar del siniestro, y renegar luego de mi mala suerte buscando protección en algún punto ignorado por los poetas cursis con ribetes de clásicos.

He pensado, de acuerdo con el sentido común, que, en vista del exceso poético, debería nombrarse una comisión que fuera recorriendo las casas particulares y aconsejando á los hijos de familia, pertenecientes á la honrada clase de poetas inaguantables, que se apretasen un poco los fuelles literarios y no se entregasen tan de lleno al abuso rítmico.

Ya me parece estar mirando la comisión dando cuenta á su presidente de los resultados del día.

—Vamos á ver, ¿qué se ha hecho hoy?— preguntará el presidente, poniéndose los guantes y los calcetines.

El miembro más caracterizado de los que componen la comisión tomará la palabra, y explicará, en breves, pero sentidas frases, las operaciones practicadas en los cuerpos poéticos en estado de putrefacción.

—Hoy hemos cojido á cuatro poetas *infraganti*, con la masa en la mano. Uno de ellos, jorobado por herencia paterna, estaba en paños menores, haciendo tentativas para llevar á cabo un canto á la luna. Le arrebatamos la pluma, el tintero, el papel, y le arrancamos la idea del cráneo como si fuera una semilla de aguacate. Fué conducido y arrestado.

Detuvimos á otro en el mismo instante en que terminaba un poema bu-cólico, entre desesperados ayes de dolor que le nacían de las entrañas.

A otro le sorprendimos, hecho un Adonis, delante de un retrato al parecer de mujer, llevando á cabo un atentado criminal en verso *adónico*, y á otro, por fin, cosiendo unas zapatillas con unos versos *heróicos*.

—¡Muy bien!—exclamará la presidencia, y exhortará á los diligentes comisionados para que continúen por la noble senda emprendida.

Con motivo de que nuestro caro colega *La Discusión* ha ofrecido pagar los artículos que se le remitan con destino á la edición literaria que en breve publicará, semanalmente, andan muchos por ahí afilándose los dientes y los dedos de los pies, para mandar articulitos cursis, en la seguridad de que harán el oficio de libranzas pagaderas á su presentación.

¡Qué chasco se llevan!

Sólo se admitirán artículos de firmas conocidas en el campo de nuestra literatura y en el campo de otras literaturas. Los *campesinos* que se presenten con poesías, serán conducidos al *vivac*.

La poesía chirle está equiparada á la imprudencia temeraria.

CÉSAR CANCIO.

DESDE EL MUNDO. (1)

A Fidel Domínguez.

Queridísima Pura:
he recibido tu última cartita,
de letra separada y muy gordita,
que tal se me figura
con palitos de fósforos escrita.
¡Y cómo has progresado en la escritura!
Al verla he recordado
aquel tiempo pasado,
tiempo feliz sin tasa,
en que tú con salud y yo dichoso,
medidos como pájaros, en casa,
te enseñaba á escribir lo que ahora sabes;
mientras el rumoroso
chorrear acompasado de la lluvia,
con ecos dulces ó con tonos graves,
en los cristales del balcón gemía,
y tras de la lección, yo me dormía
sobre tu blanda cabellera rubia.
¿Con que estás «más delgada que un fideo
desde que no te veo»
y te quieres morir según parece?
Pues te envidio de veras
como si á conseguir la gloria fueras:
el que se muere, Pura, no padece.
Esto opino á despecho
de los que buscan en la vida calma.
¿Qué tú te encuentras *física del pecho*?
Pues yo me encuentro *físico del alma*.
¿Qué vengo á ser? Cadáver insepulto,
momia moral sin dicha ni creencia,
que no tiene ni imágenes, ni culto,
y su grosero Dios está en la Ciencia.
Noche negra y cerrada
por la que cruza, en iris fulgurante,
como sola caricia delicada,
una ilusión constante:
la que te lleva cuando el viento sopla
y desde el alma mis pesares echa,
el eco dolorido de una copla,
la voz acongojada de una endecha.
La excelsa Poesía,
resumen fiel de mis amados seres,
sola esperanza mía
que también morirá, si tú te mueres . . . !

¿Morir . . . ? Dios no lo quiera,
(¡tengo mucho de Cristo todavía!)
pero si el duro fallo se cumpliera,
yo prometo ir á verte,
mi enferma y triste Pura,
y después de tu muerte,
junto á la solitaria enredadera
que cubra tu modesta sepultura,
poner flores en cada primavera.
¿Que «derrocho mi vida como un loco,
mientras te vas muriendo poco á poco?»
¡Qué cruel é injusta eres!
Ahora sí digo yo que me haces daño.
Jamás cedí «al extraño
poder fascinador de otras mujeres.»
En hacer versos y en pensar en Pura,
mira tú en qué consiste mi locura.
¿Con que es buen mozo el médico, y no es broma?
Pues un consejo toma
que te doy sin rebozo:
llama á uno viejo ó ten mucho cuidado;
que siempre la mujer tiene á su lado
un peligro, si el médico es buen mozo.
Pero mira, mejor la cama deja
y la estancia sombría
donde te alumbraba aquella candileja.
Tiende hácia el mundo tu cortado vuelo,
ven á buscar salud en pleno día,
donde te ofrezcan, libres y á porfía,
su luz el sol y su techumbre el cielo.
Nada, vente conmigo
que aquí te ofrezco yo mejor abrigo,
y manda á los Doctores á pasear;
que para ciertos males
por lo que á diario veo,

(1) Véase la poesía *Desde el Hospital*, por Villoch, publicada en el número pasado.

son todos los Doctores criminales
inconscientes, que matan á mansalva,
y que de la horca ó del presidio salva
su honrado y meritorio *buen desco*.

No extraño que la flaca de Laureana
sanota y gorda esté, si está de *Hermana*,
y que tan santa vocación le cuadre,
porque es esa la ruta lisa y llana
de ser muy pronto *Madre*....

¡Adios, querida mía, no te mueras!
Hazlo por nuestra hijita.
¡Qué sola va á quedar la pobrecita....!
Su único bien tú eras....
¡Adios, muy pronto escribe
y este beso recibe
de tu amante Colás, donde tú quieras!

Por la copia,

MANUEL S. PICHARDO.

(Junio, 89).

UN LIBRO DE VERSOS.

EN el cielo, asaz nebuloso, de la literatura española, han aparecido, para contento de los que de veras aman las letras patrias, unas *estrellas errantes*, que vierten plácidos resplandores. Es su autor, Salvador Rueda, el poeta que tiene, al decir de reputado crítico, en la fantasía, los colores y la luz del bellissimo cielo de la hermosa Andalucía.

De pocas páginas consta el libro de versos de que escribo, pero qué agradable impresión dejan en el ánimo cansado de tantas profanaciones como á diario se hacen de la poesía, los cantares y los sonetos del autor del *Patio andaluz*.

Y antes de copiar algunas de esas *estrellas*, debo declarar que siento grandes simpatías por los poetas que, como Rueda, reflejan en sus composiciones las hermosuras y los anhelos de la tierra natal.

Pereda, el insigne novelista, pintando, ó más bien, fotografiando en sus obras, su amada *tierruca*; Emilia Pardo, trasladando al papel, en estilo inimitable, los dolores sin cuento, las aspiraciones justas y las bellezas magníficas de la infortunada región galáica; Trueba, cantando en versos sentidos ó cantando en prosa amenísima, las tradicionales costumbres de las provincias vascas; Almirall, haciendo patente en libros bien pensados, las injusticias que entorpecen la marcha al progreso del laborioso pueblo catalán; todos, en fin, cuantos cultivan en España las literaturas regionales, contribuyen al mayor auge de la literatura nacional, al paso que hacen ilógicos los cargos que en un tiempo se dirijían á los que en Cuba, respondiendo á mandatos de la conciencia y deseos del corazón, trataban, ya en prosa, ya en verso, de pintar

«las bellezas del físico mundo,
los horrores del mundo moral,»

según la frase magnífica de nuestro inmortal poeta.

La mayor parte de las composiciones que llenan el libro de Rueda, son cantares, que brotan fáciles á inspirados de la musa, lozana y potente, del vate andaluz.

Y para que se vea la verdad de mi aserto, ahí van algunos, tomados al azar, y que leerán con gusto los lectores de EL FIGARO:

Como el almendro florido
has de ser con los rigores,
si un rudo golpe recibe,
suelta una lluvia de flores.

Si quieres darme la muerte
tira donde más te agrade,
pero no en el corazón
porque allí llevo tu imagen.

Cuando eche mi cuerpo flores
sólo una cosa te pido,
que las pongas en el pecho
donde no pude estar vivo.

Tu desaire más ligero
pone mi pecho vibrando,
como un granillo de arena
hace temblar todo un lago.

De aquella peña más dura
sale el manantial alegre,
de un pecho con ser humano
no sale el cariño siempre.

La vida es un bien que sale
con carga de sentimientos,
con parada en los amores
y fin en el cementerio.

Cuando me esté retratando
en tus pupilas de fuego,
cierra de pronto los ojos
por ver si me cojes dentro.

Yo le pregunté á una tumba
qué fué de mi amor primero,
y un ciprés me señaló
á las alturas del cielo.

Y como éstos, tan bellos y tan sentidos, son todos los del libro.

A los cantares siguen varios sonetos; pero, á nuestro humilde juicio, no están los segundos al mismo nivel de los primeros. Sin embargo, queremos reproducir el que va á continuación, acabado en la forma, y que encierra un pensamiento hermoso y original. Hélo aquí:

LA RISA.

Rasgó el Oriente su crespón sombrío,
Vistióse el cielo con la luz primera,
Y se ciñó la alegre primavera
Su túnica de gotas de rocío.

Lanzó de sí con pertinaz desvío
Sus legiones de sombras la ladera,
Pasó cantando el áura pasajera,
Templó su lira de cristal el río.

Rodó en su carro el alba seductora,
Sus ejes de oro reprimió indecisa
Y alzó la alondra su canción sonora:
El sol subió como en ligera brisa,
Y al rojo beso que le dió la aurora,
Batió las alas, y nació la risa.

Y después de copiar este soneto y aquellos cantares, ¿serían pertinentes mis comentarios? Por creer que no, doy fin á este artículo y paz á la pluma por ahora.

Pero antes de concluir, debo dar las gracias, desde la tierra cubana, al poeta andaluz, por los amenos ratos que me ha proporcionado con sus versos, y que compensan, un tanto, los disgustos diarios que nos dá la literatura teatral, hoy en boga, y que no puede ser más insoportable.

(Junio, 27).

FRANCISCO CHACON.

FLAUBERT.

II.

UNA nota lúgubre es la característica del temperamento de Flaubert. Preside el asunto de alguna de sus obras, especialmente en *San Antonio* y *Salambo*, creaciones impregnadas de la sombría realidad que palpita en los cuadros de Velázquez. Ese dejo amargo que le arrastra al pesimismo más desconsolador se adivina en sus novelas, pues todas ellas son otros tantos documentos humanos en pró de la tesis de Schopenhauer, «ninguna suma de placeres puede compensar un minimum de dolor»: la miseria de una vida sacrificada al hambre, no se compensa con la glotonería que se desarrolla en mil orgías.

Hasta en los proyectos de las que no llegó á escribir, proyectos que conocemos por sus íntimos los hermanos Goncourt, este pintor de la vida y de los humores de los hombres, acentúa los tonos negros, sin duda para que resalte vigoroso el escorzo de la ferocidad de las pasiones humanas.

* *

En el volumen que la galería del editor A. Quantin, *Celebrites Contemporaines*, consagra á Flaubert, no encontramos nada, absolutamente nada que acrisole el carácter del gran novelista, y nos le muestre desnudo y vigoroso. Es el himno vibrado en laud de oro por un exegeta, que resuena en nuestros oídos con la placidez de la ondulación melódica, pero que enerva la inteligencia.

Sin embargo; con los escasos datos que en ese estudio biográfico encontramos,—el más moderno—y los apuntes que el *Diario* de los Goncourt nos suministra, vamos á intentar la reconstitución de algunos de los planes de esas novelas que no llegó á escribir Flaubert, corroborando así nuestras anteriores aseveraciones.

El libro de sus anhelos, fué á no dudarlo, el que proyectó acerca del Oriente moderno, el Oriente de levita. Entusiasmábanle mucho todas las antítesis que su talento hubiera puesto en esa obra. Escenas ocurridas en París, en Constantinopla, sobre el Nilo, escenas de la hipocresía europea, escenas salvajes de orientales misterios, gente ahogada, cabezas cortadas por celos ó por simple mal humor: un libro, en fin, parecido á los barcos que ostentan en su proa un turco vestido por Dussotoy, y á popa, en la cubierta, el harem de ese turco con sus eunucos y toda la ferocidad de costumbres del viejo Oriente. La pintura de la canalla europea, griega, italiana, judía, gravitando en derredor del héroe de esa novela, ofrecería curiosos contrastes; el oriental se civilizaría, mientras que el europeo volvería al estado salvaje, á la manera de aquel químico francés que establecido en los confines de la Lybia, perdió todos los hábitos y costumbres de su patria.

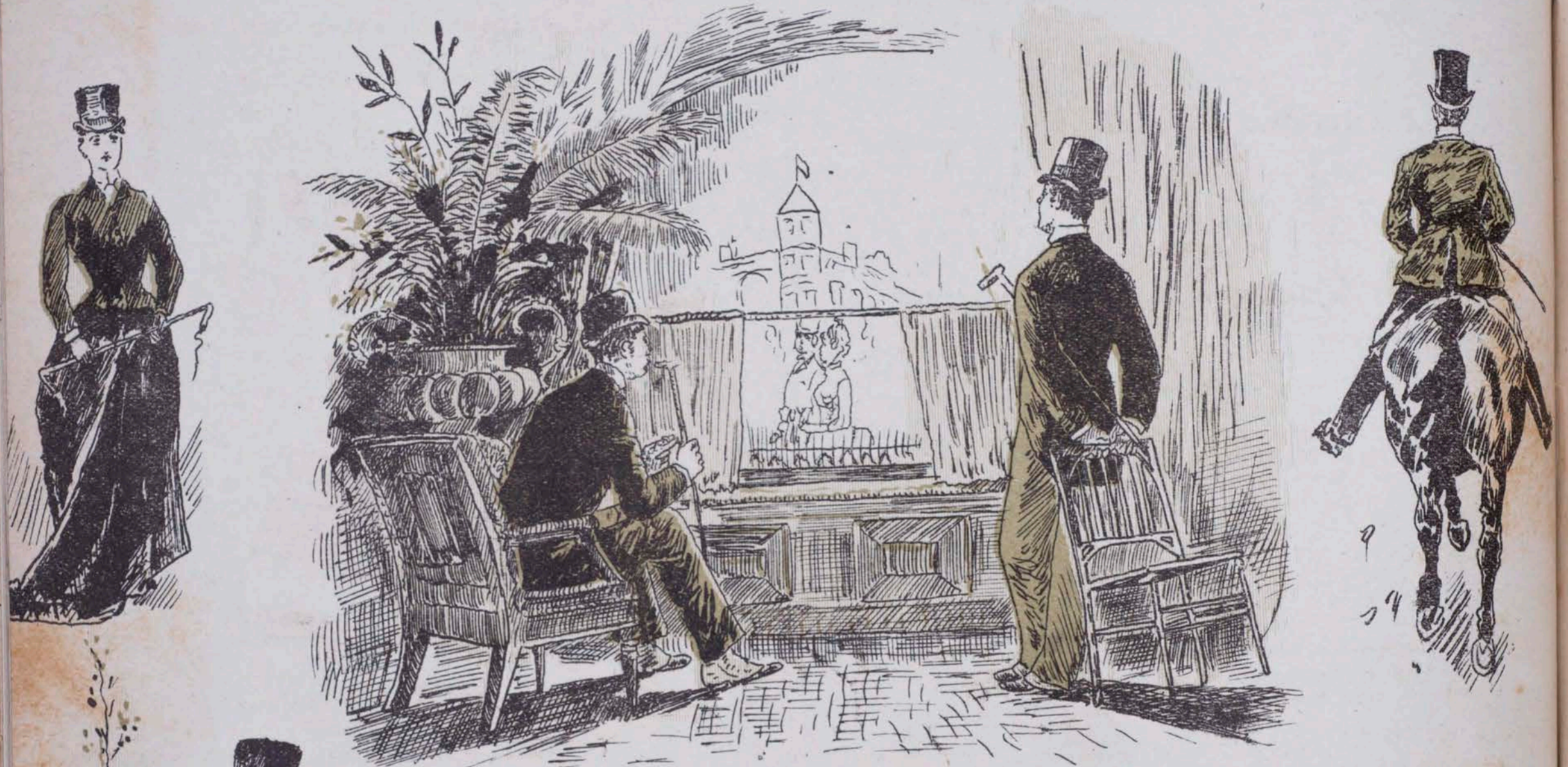
Le preocupó por mucho tiempo también el pensamiento de otra gran novela, un gran cuadro de la vida ligado por una acción basada en el aniquilamiento universal y recíproco, simbolizado por la asociación de los trece y donde se vería al penúltimo de los sobrevivientes, un hombre político, enviado á la guillotina por una buena acción y por mandato del último, un magistrado.

* *

Las dos ó tres novelitas que esbozó sobre el traído y llevado tema el marido, la mujer y el amante, sin incidente alguno,—tal fué su propósito,—serían hoy tal vez deliciosas miniaturas semejantes á esos idílicos *Cuentos á Ninon*, ó delicioso oasis en medio del árido desierto naturalista, como *El Ensueño* de Zola. Pero si aún no fuera bastante lo expuesto para construir la base del carácter de Flaubert, su fisonomía moral, sorprendámonle en el momento de sus expansivos regocijos.

Gautier poseía en Neuilly un lindo chalet, tan sencillo como

VINGT ANS LE MONDE



PETIT CHRONIQUE.

En el club.

- ¿Qué es lo que tu harías para desembarazarte de los amigos que te fastidian?
- Les pediría dinero.
- Mal sistema. yo se los presto.

En Marianao algunas señoras y muchos caballeros piensan organizar cabalgatas que se dirigirán á los pueblos vecinos.

On dit que se jugarán varios *matches* de *lawn tennis* por señoritas y jóvenes de la buena sociedad que pasa la estación en el Vedado.

La última *soirée*, del general de Marina fué una gran fiesta.

El *Yacht Cuba* hace los preparativos para la segunda regata por la copa de Cuba.

B. y M. dos *clubsmen* se han batido á la espada; dicen que *Mademoiselle Z.* se casará con el primero.

Por último. Ha dicho Campoamor

Lo que empieza en canción acaba en llanto.

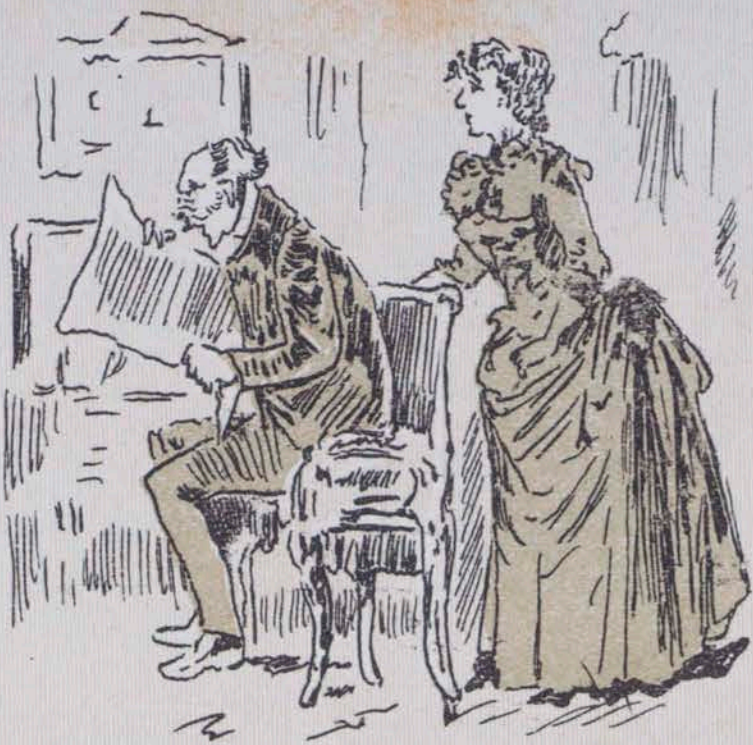
Dichoso, al fin, el que puede interrumpir con una sonrisa el eterno sollozo de su vida.



Fleur de Chic

Fleur de Chic.

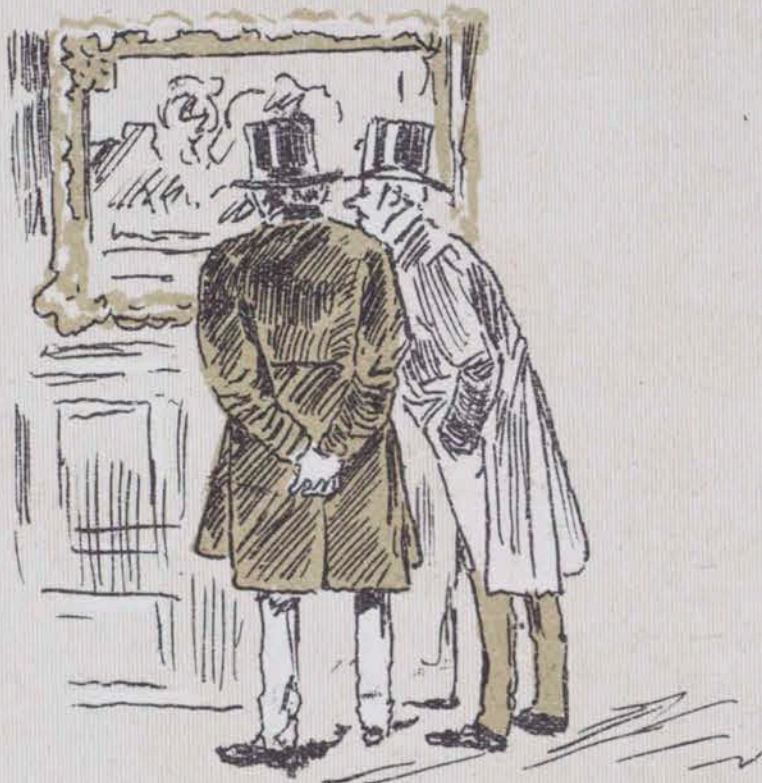




—Atanasio, ¿dónde iremos este verano?
—Si me atengo á lo que dice el periódico, iremos al abismo.



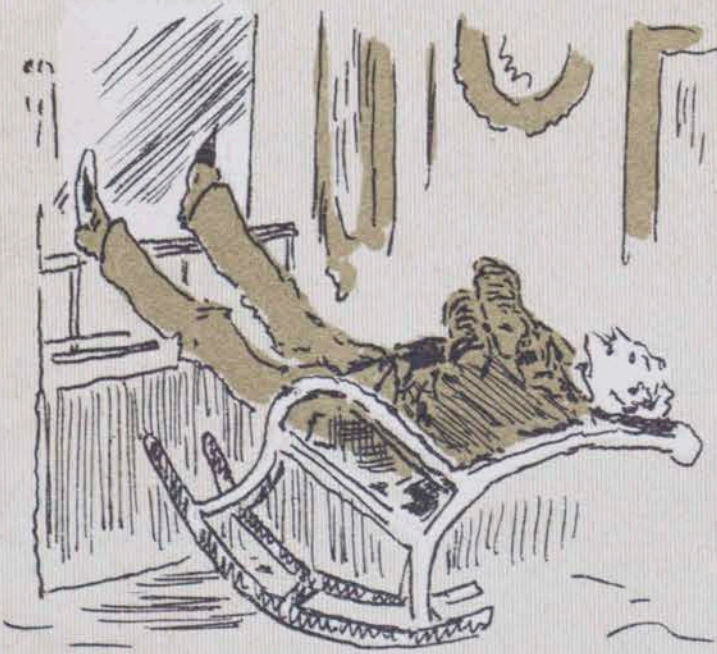
En Tacón con la Quesada.
—¡Caballero!...
—Señora, cada uno manifiesta su entusiasmo á su manera.



—Vaya una acuarela más fea!...
—Consistirá, sin duda, en que el artista la habrá pintado con agua que no estaba filtrada.



JUEZ.—La falta está probada. Diez dias de cárcel ó diez pesos, elija.
ACUSADO.—Vengan los diez pesos!



LA LLUVIA. — Ventajas.
(No hay peligro de que salgan los ingleses.)



LA LLUVIA. — Compensaciones.



LA LLUVIA. — ¡¡Decepciones!!

Fleur de Chic

artístico. El autor de *Fortunio* pudo ver realizada la ambición de poseer casa propia y en consonancia el menaje con el sibaritismo de su refinado gusto. Allí reposaba de sus viajes, peregrinaciones en pró de lo bello, idealizadas por su estilo *celinesco* y que á tantos arrastraron; aquel rincón de Neuilly albergaba al infatigable bohemio de Tarbet, al aristocrático bohemio cuyas orgías hubieran eclipsado los baltasáricos festines; bohemio que rompía con la tradición personificada en Musset, ese sublime beodo al que me imagino más de una vez caballero en arrocinado Pegaso y brindando en vidriosa copa el nauseabundo vino del vicio, por todo lo que se arrastra, por la ola amarga y negra del montón, por el hormiguero anónimo de la miseria, por los siervos del millón, en fin; levantándose y cayendo, hasta dar de bruces en el bienhechor sepulcro.

Los príncipes del talento ó de la sangre, que amaban el arte, se disputaban un puesto en la mesa de Gautier. A la sazón, el príncipe Radziwill le tiene de preferencia. Están celebrando las extravagancias de Flaubert, quien narra con la mayor sencillez el trabajo que emplea en cada una de sus novelas. ¡Siete años en *Mme. Bovary*, un tomo de 400 páginas! Eso sí; hace constar que él compone las *cascadas* de frases de los finales de los períodos por escribir. Gautier le interrumpe para decirle si ha inventado un ritmo nuevo, el *ritmo ocular*. . . . pues de otro modo no hay explicación satisfactoria para tan raro capricho.

—Es que yo lo sacrifico todo á la armonía—se apresura á replicar Flaubert.—¡Ah! no podré consolarme jamás de estos dos pícaros genitivos que se me escaparon en *Mme. Bovary: Une couronne de fleur d'oranger*. . . .

El príncipe Radziwill se levanta de la mesa y pide á Flaubert que baile el *idiota de los salones*, danza lúgubre y favorita de éste, y Flaubert, subiéndose el cuello de la levita, y encrespándose el cabello, comienza la *tarantela*, tan poseído, que su rostro semeja la idiotez misma y hay en su semblante la expresión de lo siniestro. . . .

El de Radziwill se sienta al piano, y para que la fiesta resulte típica, entona unas melodías bárbaras—cantos bohemios—que completan la ilusión de una fiesta en el Congo, sin que falte la nota estrídula, el selvático *ataruxo*, que el príncipe emite á maravilla.

(Junio 28 del 89.)

FIDEL DOMINGUEZ.

DEL DIARIO DE PEPITO.

JUNIO 1º

He visto á la Marquesa y me ha mirado, y después me ha mirado su marido. Ella me ha comprendido; y el Marqués se ha escamado.

JUNIO 2.

Mañana es el gran día; nada sospecha el mentecato, nada. Mañana la Marquesa será mía; hoy le he dado una cita . . . de pasada.

JUNIO 3.

¡Demonio de memoria! Y yo que ni siquiera me acordaba que la linda Gregoria me esperaba . . .

JUNIO 8.

¡Conque el Marqués se bate! Alguien habrá que quiera despacharlo . . . Me ha dicho la Marquesa que lo mate, y yo ¿qué voy hacer sino matarlo?

JUNIO 11.

No queriendo acabar á la primera, empezamos él serio, yo riendo; pero á fondo se fué como una fiera y ¡vaya! lo he matado recibiendo . . .

JUNIO 12.

El público comenta ya la historia y oyendo el comentario yo me río.

JUNIO 16.

Aún repiten el cuento de memoria, cuando yo ya en el colmo del hastío, me refugio en los brazos de Gregoria.

JUNIO 19.

Me agrada esta mujer, porque me agrada: joven, morena, ardiente, con la gracia de ser . . . muy descarada. Le tengo una pasión desenfrenada que me consume y mata lentamente.

JUNIO 20.

He visto á la Marquesa en sus balcones, nunca á mi halago sorda. Volvería á empezar las relaciones; pero ¡qué, ni pensar! está muy gorda!

JUNIO 21.

Soy decididamente un joven distinguido y elegante.

Visto á lo parisién correctamente y soy del Club visitador constante.

JUNIO 22.

¡Ochenta duros por un traje claro! Pero me sienta bien y no está caro . . .

JUNIO 23.

Esa tiple francesa me cuesta mucho más que una marquesa: encima del abono lo que ha costado el coche, ¡pero me he dado tono!

JUNIO 24 (EN CAMA).

La Gregoria tenía su querido que entraba al salir yo, por la mañana . . . me ha dado una paliza soberana. ¡Demonios con el hombre! ¡Estoy molido!

(Junio, 1889.)

FEDERICO VILLOCH.

REVOLUCIÓN . . . LITERARIA.

En la pacífica república de las letras habaneras acaba de estallar una bomba revolucionaria.

No se asusten VV. Se trata de una cosa muy sencilla y muy natural. ¡Tan natural! Nada menos que de pagar los artículos literarios que produzcan de hoy en adelante las plumas más ó menos de ganso de nuestros escritores.

La Discusión—un periódico muy liberal y muy simpático—ha encendido la mecha. La revolución está armada. Un ejército joven y vigoroso se apresta á la lucha; y *todo* hace presentir que muy pronto han de alborear días bonancibles y dichosos para nuestros bolsillos. Y perdonen VV. el estilo Lagardere, en gracia al natural entusiasmo que me domina.

Todos los que hasta ayer hemos venido escribiendo artículos de balde, nos miramos hoy con ojos tiernos, como diciéndonos:

—¡Ay! al fin cobraremos.

Sí, cobraremos como cualquier industrial. Tasaremos el trabajo y lo venderemos al mejor postor.

—Buenas tardes.

—Buenas se las dé Dios.

—Venía á que me hiciera V. un artículo sobre la influencia del polvo de arroz en las veladas del *Círculo Habanero*.

—Le cuesta veinte duros.

—¡Zapateta! Si tengo quien lo haga de balde.

—Eso era antes, ahora se paga.

—¡Pero si eso lo hace V. de una sentada! ¡Veinte duros! ¿Qué se habrá creído V.?

Poco á poco nos convenceremos de que los artículos de periódicos son artículos de primera necesidad, y acabaremos por pagarlos como pagamos el jamón de Westfalia ó los mangos filipinos.

De hoy más, la profesión de escritor público, será una profesión como otra cualquiera, gracias á la iniciativa del diario de Santos Villa.

Como pagar, ya se pagaban también en *La Caricatura*. Seamos justos. Ahora falta que el *vicio* de protección, tan arraigado en nuestro organismo, no lleve á *La Discusión* al extremo opuesto en que suele caer *La Caricatura*.

Algunas veces le hemos preguntado á *Helio*.

—¿Porqué publica V. artículos de *Eme Ele Te?* (Qué bonito pseudónimo, verdad?)

—¡Hombre, porque es un chico honrado. Y necesita de eso.

Confesemos que el amigo *Helio* tiene un gran corazón.

Y es lo que él dirá para sus adentros: (digo yo.)

—De ese modo me evito un *sablazo*.

Pero se lo dá, sin querer á los lectores.

Con esto de los artículos de paga, pero de paga legítima, acabaremos con la perniciosa plaga de articulistas anónimos y gratis que asaltan las columnas de los periódicos cuando menos V. lo espera.

Formando una liga . . . no de *base ball*, podremos exigir á las empresas periodísticas de nueva creación y hasta á las viejas, el haber que nos corresponda por clasificación, como á los empleados civiles, ó sin clasificarnos. La cosa es que nos paguen.

De este modo, los directores de periódicos no publicarán artículos malos. Es decir, me lo figuro yo. Por una razón muy natural: porque les costarán el dinero.

Hace días leí en *El Reporter* de mi amigo, el rubio y ya joven director Benjamín Estrada, un artículo cataplasma en que se hablaba muy mal de los *pipiolos* ó pichones de farmacéuticos.

¿Qué tiene que ver eso con la literatura?

Dejemos en paz á esos pobres mancebos que hartos tienen con estar todo el día dándole á la espátula y oliendo yodo-formo . . .

Pues bien; casi (y sin casi) tengo la seguridad de que Benjamín no hubiera pegado ese parche . . . á la americana en su periódico, á haberle costado el artículo diez pesos viles . . .

Surge un obstáculo. Y es que no todos los periódicos que tienen crédito literario están en condiciones de pagar á sus redactores ó colaboradores.

Porque, señores, las cosas están muy malas. Y VV. no protegen el arte, aunque les sepa mal que se diga.

Los periódicos que no puedan mantener á sus redactores, que se retiren modestamente de la arena.

Para escribir . . . gratis, ya tenemos con la *Habana Elegante* y EL FÍGARO, que son hijos muy queridos de todos los escritores habaneros, y permitan que me incluya en la lista, y no es cosa de dejarlos morir por consunción después de haberles dado tanto tiempo nuestra sangre.

Además, hoy es ya título de honra el escribir en dichos periódicos, que dan la nota más refinada entre nosotros en lo que se refiere á la amena literatura. Y no es ofender á nadie. Yo no debía decir esto; pero ¿qué quieren VV? No soy modesto. La modestia es una forma refinada de la hipocresía, como dijo un sabio. Porsupuestos que nada de esto reza conmigo. Los elogios, se entiende. Bien sé que los directores de la *Habana Elegante* y EL FÍGARO quisieran pagar los artículos, subvencionar á los colaboradores y hasta comprar un hotelito . . . suizo en la torre Eiffel, por ejemplo, para vivir todos juntitos, en familia, como hermanos . . . masones.

¡Ay, señores! Nada más que de pensar en esto se me cae la baba . . .

La culpa de que no podamos realizar ¡ay! tan bellas ilusiones, la tiene V. señor público, que se suscribe á nuestros periódicos y nos los paga, cuando se suscribe . . .

Y con esto me retiro, porque las presentes líneas van tomando un giro que huele á *letras de cambio*.

RAMÓN A. CATALÁ.

A NUESTROS SUSCRITORES.

ALGUNOS suscritores nos han reclamado el número del domingo último, sin duda por no haber visto la nota publicada en el anterior, explicando que el presente sería el cuarto y último de Junio, por constar este mes de cinco semanas. Queda repetido, y no lo olviden nuestros abonados para lo sucesivo.

En aquella nota también anunciábamos el número especial que disponemos para celebrar á fines de Julio el aniversario de EL FÍGARO. Otras novedades, además, irán saliendo.

Como se notará, esta semana no ha hecho los dibujos nuestro querido compañero Torriente, por haberse encontrado enfermo; y á la amabilidad, arte y buen gusto de *Fleur de Chic* debemos el haber salido airosos de tan sensible contratiempo.

Salud para el uno y gracias para el otro.

Otro sí. Quizás en el número próximo publicaremos la primera epístola de nuestro corresponsal en París, Ezequiel García, que nos lo anuncia en carta recibida ayer.

CRÓNICA

El condesijo Francisco Chacón (y condesijo no significa hijo de conde) me ha dejado en el uso de la palabra y no cometeré un abuso extendiéndome, como quisiera, ya que es la única oportunidad que se me ofrece de dirigirme á las cultas y bellas damas que reciben este semanario, que se ha levantado notablemente sobre la mayoría de los periódicos literarios que se publican en esta colonia ultramarina.

Hacia tiempo que anhelaba escribir para las damas, anhelo que me hace envidiar grandemente á la Sra. María del Pilar Sinués, (c. p. b.). Mi vida de cronista será efímera y ya siento que se haya repetido tanto aquello del «espacio de una mañana», porque esa repetición me impide citar un verso francés, ya que ese es el único que conozco.

En el *Círculo Militar* se efectuaron (y yo no tengo la culpa de que esto resulte fiambre) uno (ó varios) asaltos de armas que presenciaron bellísimas damas.

No sé si estas fiestas son propias para señoras y si debo de consignar aquí cuantos botonazos se *marcaron* los tiradores.

La esgrima es uno de los ejercicios más nobles, ya lo sé;

pero estoy seguro de que si á mí *me diera por ahí*, no podría tirar en presencia de señoritas, porque hay algunas que con mirarme solamente, me desarman. ¡Si seré enamorado!

En mi inexperiencia de cronista, ignoro si encaja aquí un paralelo entre los gladiadores de la antigua Roma y los tiradores de armas, por lo que me abstengo de hacerlo, sintiendo dejar escapar esta coyuntura que me facilitaba mostrarme erudito de cuerpo entero.

Ni reproduzco los nombres de las familias que asistieron á la fiesta del *Círculo Militar*, porque no tengo ánimo de copiar la lista de suscriptoras de EL FÍGARO. Debo sólo consignar el triunfo del notable floretista Sr. Lafourcade.

—¿Por qué—preguntaba una señora—los tiradores se dan la mano cuando terminan los asaltos?

—Por costumbre. Es como si dijeran: entre nosotros no ha pasado nada y quedamos tan amigos como antes.

No me propongo hablar ahora de la verbena de San Juan, porque es un tema que huele á *Triquiñuelas* ó á *Cri-Cris*, que son dos cosas distintas y una sola sección verdadera.

Me trasladaré, pues, en las regiones de la fantasía (y noten como se va *pegando* el estilo de cronista) á la culta *Caridad* del Cerro, esa sociedad patriótica que proporciona á la niñez desvalida el sabroso pan de la educación. Pan, éste, que no se amasa en todas las panaderías.

Las familias del Cerro, demasiado cultas para *cerveras*, presenciaron la velada dramática que ofreció á sus abonados *La Caridad*.

Velada agradabilísima en la que se mostraron en las tablas, como aficionadas de valer, las Sritas. Mazorra, que representan con tanta gracia, que trastornan el seso á más de un *venenoso*, que al fin y al cabo habrán de *carenar* (palabreja de *yachts*) en el apellido de las aplaudidas aficionadas á quienes acabo de aludir.

¡Bien por *La Caridad* del Cerro! y dispensen este final propio de gaceta.

Es cosa bien sabida que á las fiestas del *Círculo Habanero* no puede asistir mayor concurrencia. En Irijoa, en Albusu, en Tacón, donde quiera que se efectúen, quedan (este *quedan* es muy de crónica) espléndidas. La última, verificada el viernes. . .

Me arrepiento. Iba á mentir, porque escribo en miércoles y por más que este periódico se reparte el sábado ó domingo, según se porten la imprenta ó la litografía, es impropio que adelante los acontecimientos.

En los salones no ha ocurrido cosa notable, á no ser el baile con que celebró su santo el Sr. Comandante General de Marina, D. Juan Martínez Illescas.

Asistió al sarao la espuma de la sociedad de la Habana. (Ya ve Casal que no lo olvido). Estas fiestas terrestre-marítimas no pueden ser más divertidas. En ellas se respira cultura, elegancia, distinción, y se baila cada vals straus que es una cosa que marea.

Como ejemplo de elegancia, y eso que no entiendo de modas, puedo citar con el V^o B^o de *Fleur de Chic*, que está al cabo del último figurín, los trajes primorosos de la Sra. D^a Catalina Badía de López de Haro, y el de la Srita. Asunción Buitrago. El de la señora Badía era de rica tela azul con bordados de plata, y el de la Srita. Buitrago de fina gasa aerea y blanca, que parecía la evocación de *Ofelia* antes de morir, ó la de *Julietta* en el jardín de los *Capuletos*.

La fiesta pasó entre olas de *champagne* y ondas de encajes.

Con que figúrense VV. si habrá pasado feliz su día el Comandante General de Marina. Aquello fué ¡la mar!

El Sr. D. Raimundo Cabrera es un autor afortunado. «Del parque á la luna,» «Vapor Correo» é «Intrigas de un Secretario,» lo justifican.

Esta última zarzuela, con música del Sr. Mauri, se estrenó el martes en Tacón.

El libreto es político y aquí está prohibida la política, lo que es raro, tratándose de un semanario que no puede ser impolítico con nadie.

Apenas tengo tiempo de despedirme, pues el *Conde Kostia* me quita la pluma de la mano para escribir la crónica de la semana próxima, y de esta manera he quedado entre dos Condes: Chacón y *Kostia*, aunque éste dice que no tiene *condados*, porque cree que lo mejor de los *dados* es no jugarlos.

Antes de firmar, deseo á las lectoras que la jaqueca despertada con la lectura de esta crónica, no se les haga *idem*.

WENCESLAO GÁLVEZ.



RETAZOS.

Felicitemos á la niña Carmen Ocejo y Candelario, por haber alcanzado la nota de sobresaliente en Latín.
Un aplauso á la inteligente niña y á su excelente profesora D^a Carmen Pastor, Directora del Colegio *San Eulogio*.

El éxito obtenido por los artistas que representaron la intencionada obra del Sr. Cabrera, *Intrigas de un Secretario*, tiene su explicación. Figúrense VV. que esos inteligentes cómicos todos los días comen pasteles de los de Manuel Carral, Obispo 27, que dan brillo al cuerpo y esplendor al alma.
Casi, casi como los Sres. Académicos.
Por eso los hay tan pasteleros...

No hay una persona decente que pase por la calzada de Galeano, que no se sienta atraído por *El Palacio de Cristal*. Apunto hechos. En dicho establecimiento encuentra V., aunque no quiera, un surtido general en materia de calzado.

Hemos visto entrar, en *El Palacio de Cristal*, un individuo, triste y cabizbajo, todo por un par de juanetes mayúsculos que le adornaban los pies, y salir al cuarto de hora, alegre, sonriente y decididor, sin juanetes y con un par de botitos preciosos. Apunto hechos.

Cayetano Fraga, dueño del *Centro Comercial*, Zulueta 71, es todo un hombre en eso de vender barato y tratar bien á los parroquianos, porque es muy fino y atento y jamás se sale de su centro.
Por eso vende como vende. ¿Y cómo vende? ¡Ah! pues vayan allí y se convencerán de que no hay quien le haga á cualquiera un flus más barato.

El arte fotográfico toma cada día mayores proporciones, es decir, adelanta, progresa, ensancha su desarrollo, etc. Pero, señores, ¿cómo había de ser de otro modo? ¿No conocen VV. á Zéndegui? Pues con pronunciar ese nombre ya está explicado todo. Zéndegui, al par que estudia el arte, como Dios manda, es un incansable obrero del trabajo. En su casa se dan cita las familias más elegantes de la Habana, y salen complacidas de Zéndegui, como artista y como caballero fino y cortés.
Esta es la verdad pura.

En Albisu no sólo estrenan obras de mérito como *El Alcalde de Strasberg*, y novedades como la luz eléctrica, ventiladores, y *tutti quanti*, sino que también estrenan hermosos y artísticos telones, como el que hemos visto anoche costado por *La Casa Grande*, gran tienda de ropas de la calzada de Galeano esquina á San Rafael.

La casa que puede hacer gastos de esta naturaleza es porque merece la protección del público.
Protección merecida, porque no hay casa como *La Casa Grande*. ¡Créanlo VV.!

El hombre es sociable por su propia naturaleza. Por eso los jóvenes se visten en *La Sociedad*, Obispo 65, que es de las mejores sastrerías de la Habana y barrios circunvecinos.
Hoy el grito, Sres., es, ¡viva *La Sociedad*! y esta no es otra que la de Fargas y hay que vestirse allí para presentarse decente en sociedad.
La sociabilidad sobre todo, como dijo Pedro Pablo Guilló, uno de los jóvenes más sociables de la Habana.

En esta época de calor, no hay cosa más saludable, para todos los temperamentos, que un buen refresco, ó una hermosa fruta helada. Digo esto, fundado en que desde las doce del día hasta las cuatro de la tarde, no cabe la gente en *La Flor Cubana*, elegante frutería y café, situada en la calzada de Galeano esquina á San José.
Este es el punto de reunión de lo más chic de la Habana.

Yo me he asomado á las profundas cimas de la tierra y el cielo, dijo Becquer, y le encontró el fin, ó con los ojos ó con el pensamiento.
Yo me he asomado á la vidriera de la *Segunda Italia* y me he quedado extático. ¡Cuántas preciosidades! ¡Qué de corbatas! ¡Aquellos es la *yaya*!

Siempre *La Segunda Italia* dará la nota entre las sastrerías baratas y espléndidas de la Habana.

Es inútil decir dónde está situada *La Segunda Italia*, San Rafael esquina á Amistad. ¿Quién no lo sabe?

En Obispo 85, ya es una cosa probada, está la mejor sociedad de la Habana: *La Sociedad Moderna*, de Arriaza y Selma. El que quiera lucir un flus irreprochable, no tiene más que ponerse al habla con los simpáticos dueños de este rico establecimiento... y quedará hecho un Adonis, para martirio de las niñas bonitas.
El lema de Arriaza y Selma es: elegancia y baratez.

CORRESPONDENCIA DE LA SEMANA.

A los Sres. remitentes.—El silencio se traduce por negativa. No es posible contestar á cada uno en particular. Y no devolvemos originales, súpase. Lo que aceptemos, ya se verá publicado.

Más discretos!
M. P.—Con gusto, si nos gusta.
Horacio.—Estamos aguardándolo.
P. Zúñiga.—Madrid.—En espera de lo prometido. ¡Éxito!

“LA REINA.”

¿Quién no conoce LA REINA, Obispo 81, la casa de las últimas novedades en el ramo de miseria?
Lit. e Imp. del Comercio, San Rafael 45.—Habana.